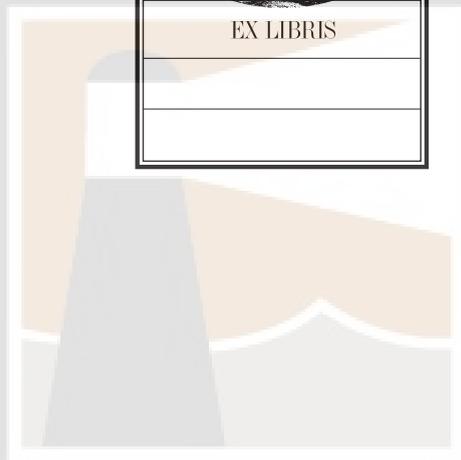




EX LIBRIS



MAREA
EDITORIAL

Alejandro C. Tarruella

LAS DOS MUERTES DE ARAMBURU

El General que nunca fue fusilado



MAREA
EDITORIAL





Tarruella, Alejandro C.

Las dos muertes de Aramburu : el General que nunca fue fusilado /
Alejandro C. Tarruella. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Marea, 2025.

256 p. ; 16 x 23 cm. - (Narrativa / Constanza Brunet)

ISBN 978-987-823-071-9

1. Narrativa Argentina. 2. Historia Argentina. I. Título.
CDD 982

Dirección editorial: Constanza Brunet
Coordinación editorial: Víctor Sabanes
Asistencia editorial: Carmela Pavesi
Comunicación: Verónica Abdala
Diseño de tapa e interiores: Hugo Pérez
Corrección: Marisa Corgatelli

Fotografía de tapa: Biblioteca Nacional Mariano Moreno (Argentina).
Departamento de Archivos. Fondo Editorial Sarmiento.
Archivo de redacción Crónica. AR00018520

© 2025 Alejandro C. Tarruella
© 2025 Editorial Marea SRL

Pasaje Rivarola 115 – Ciudad de Buenos Aires – Argentina
Tel.: (5411) 4371-1511
marea@editorialmarea.com.ar | www.editorialmarea.com.ar

ISBN 978-987-823-071-9

Impreso en Argentina – *Printed in Argentina*
Depositado de acuerdo con la Ley 11.723. Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio
o procedimiento sin permiso escrito de la editorial.

Advertencia al lector

Es de destacar que esta novela hace un homenaje a miles de militantes de la organización Montoneros, los que están con vida, los que perdieron la vida, los que están desaparecidos, a los familiares y, entre ellos, a los hijos y a los nietos. Los militantes de todo tipo creyeron en un proyecto político que sufrió traiciones y dieron lo mejor de sí para hacer una Argentina mejor. Si se señala a la cúpula, hay en particular ciertos miembros de ella a quienes se cuestiona por entregar los ideales de quienes fueron parte de aquella histórica “juventud maravillosa”. Y se incluye en el reconocimiento al sector Lealtad que, como Norma Arrostito, Rodolfo Walsh, Carlón Pereyra Rossi y muchos otros, comprendió finalmente que había errores graves y que sus principios estaban siendo desviados a otros fines. En ese reconocimiento están las mujeres, que sufrieron, además, incomprendiones a su condición y marginaciones cuestionables. Errores y traiciones se conjugaban así en lo que significaba una entrega del ideario que los había llevado a asumir la militancia política para la transformación del país. Nada ni nadie podrá quitar el reconocimiento histórico a quienes dieron todo de sí mismas y de sí mismos, en su pasión por su país, su tiempo histórico y sus sentimientos.

El autor

PRIMERA PARTE

La reconstrucción de los silencios



CAPÍTULO 1

Perico Montiel, Frondizi e Illia

U no siempre carga con sus obsesiones. Una de las que arrastré durante muchos años fue la muerte de Aramburu, que se convirtió para mí en un camino de ripo, envolvente, insumiso y a veces tedioso. Pero antes de vincularme a ese episodio controversial, viví años en experiencias diversas e inquietantes para un joven que aprendía a conocer Buenos Aires. Había que atravesar calendarios, ritos, la vida bajo una dictadura cerrada, las carencias, y en medio de toda esa rutina, debía aprender a caminar. Lo más difícil de todo.

A principios de 1966, en Buenos Aires, cuando tenía diecisiete años llevaba una vida rutinaria aunque inquietante por mis necesidades económicas al asumir la ciudad solo, lejos de mis viejos. Lo que ocurría a mi alrededor, en los sótanos de la ciudad, fugaba en la percepción de las personas. A las oficinas públicas llegaban por la mañana hombres de mediana edad de saco y corbata, y por la tarde, los que rondaban los cincuenta y algunos más viejos, que además calzaban sombrero alado, llevaban *La Razón* bajo el brazo, y se internaban a leer en un bar. Recuerdo una manifestación contra el envío de tropas a la República Dominicana que atravesaba Lavalle, la calle de los cines donde *La novicia rebelde* llevaba algunos años y varios meses llenando una sala. Los transeúntes seguían la marcha como si se tratara de un espectáculo que iba

cobrando tensión en la medida en que llegaba la Policía. Nadie imaginaba que en pocos años la tolerancia común iba a caerse sobre el ánimo de la población, entre una mañana de hechos políticos. Había cierta ingenuidad pueblerina en la caminata armoniosa del hombre de la media tarde, que leía vespertinos en los bares, bebía un cortado y su vaso de agua y alternaba su búsqueda del mundo echando una mirada a través del cristal de la ventana.

En ese mismo tono naif de colores pastel que vivía Buenos Aires, Perico Montiel me contó muy serio, a mediados de junio de 1966: “En unos días, Lisandro, se cae el presidente Illia como ‘calzón de puta’”. Yo vivía desde principios de ese año en un hotelito de laburantes en Defensa 121, al lado de la central de Entel, la empresa telefónica del Estado. Antes de caer en ese tugurio, había estado en un hotelucho de Moreno 321, donde lo conocí al negro Montiel. Perico Montiel era entrerriano, comunista y delegado de los muchachos de Entel de la calle Defensa, al lado de mi hotel. Allí, todos los días en la madrugada y la mañana, Perico tenía que cruzar los llamados que iban a la Casa Rosada. Uno de esos días, me llamó cuando salía para mi trabajo en una oficina de Corrientes y San Martín, donde era cadete.

—Vení, nene, a vos que te gusta la política, te cuento algo que no se lee en un broli. —Reía con dientes enormes y blancos que contrastaban con el aire mestizo y oscuro de su piel; ese día me sorprendió su afán maestro.

Fuimos a un barcito a mitad de cuadra, antes de llegar a Alsina, y pedimos café con leche y medialunas. El rumor de los empleados y las personas que iban a hacer trámites rondaba el aire como un pájaro feliz. Eran días de versiones y diarios escritos en el precario lenguaje de

la incertidumbre. Las personas asimilaban con distancia la realidad en una rara velocidad interior que se consumía en un tembladeral.

–¿Por qué lo quieren echar al viejo Illia, Perico?
–pregunté adelantándome.

–Escuchá, nene, sos un pibe y aquí aprendés política en serio, si no, no se habla, ¿me captás? En ese clima raro de estos días vas a conocer un golpe de Estado. –Perico se acomodó acercando su cabeza, le gustaba mostrar sus uñas frente a un muchachito que desangraba su interés sobre la desesperación.

–Vi los aviones de los bombardeos del 55, Perico, pero ¿cómo sabés que viene un golpe? No te lo pregunto porque dude, sino porque quiero saber cómo te las arreglás para conseguir la información. –Eso me intrigaba.

–Vos sabés que como soy uno de los telefonistas que pasan las conversaciones a la Rosada, cuando paso la llamada a un capo, puede ser el presidente o un ministro, me quedo escuchando lo que hablan. Por eso, me enteré de que Frondizi se caía el 29 de marzo de 1962, pibe.

–O sea que los tipos se comunican con la central donde estás vos, conectás al personaje, le pasás el llamado, y te quedás escuchando como si nada.

–Te lo voy a explicar, nene. Hay tipos de los servicios en la central escuchando y hay otros que graban. No toman en cuenta, todavía, que nosotros podemos estar en medio de la comunicación meta cablear. Mirá, con Frondizi en el 62, yo escuché cuando hablaba con el general Toranzo Montero y el tipo le pedía que renunciara. Una vez hablaban dos milicos, y uno le contaba al otro que Severo Toranzo era tan gil, que lo habían bochado para entrar al Colegio Militar. Su viejo, otro general, lo cagó a trompadas

y lo hizo entrar de prepo. Era severo el hijo de puta –se reía–. Cuando fue mayor y también general, lo levantaba en peso a Frondizi, que se negaba a largarse. “No renunciaré, no me iré, no me suicidaré”, gritaba Frondizi y unos días después le metieron una patada en el culo. Las llamadas eran una tras otra y todos los días. Como los milicos se levantan al pedo, pero temprano, conspiran cuando canta el gallo. A las seis de la mañana llamaban de un cuartel a Frondizi y empezaban los reclamos. Acordate que tuvo más de treinta intentos de golpe antes de que lo echaran. Los únicos que no le pidieron la renuncia fuimos nosotros, los laburantes –tenía una sonrisa canchera.

Los boliches de Plaza de Mayo eran lugares pasajeros, uno entraba, dos salían. Algunos conocían a los mozos, tomaban un café y avisaban que lo cargaran a su cuenta. La seña era un brazo en alto y un “mañana arreglamos”, la tolerancia de la deuda y el afán por cumplir superaba a la ingratitud del sistema político.

–Y al viejo Illia, Perico, ¿ya le hicieron los treinta planteos como a Frondizi?

–No son tantos, pobre viejo, pero lo quieren ver hoci-car. Los golpistas son el general Julio Alsogaray con Juan Carlos Onganía por detrás y un loco, el coronel Perlinger, y algunos radicales en las sombras. Faltan horas. Mientras, yo los escucho en el teléfono y me entero de todo; ellos no se avivan porque te subestiman. Esa es una razón de Estado. Los gauchos somos vagos y malentretidos, pero algunos escuchamos cuando arman las cagadas.

–Si los tipos se avivan de lo que hacés, ¿qué te puede pasar? –me preocupé.

–Si se avivan, me agarran de los huevos y me cuelgan en la plaza en acto público.

El 28 de junio de 1966, muy temprano, me acordé de Perico Montiel. Me levanté a eso de las seis y media de la mañana, me di un baño de agua fría y salí a la calle a buscar leche para prepararme un café Arlistán instantáneo, una invocación al suicidio a la que sobreviví. Sobre la calle Defensa, tapando la puerta para que nadie saliera, se habían instalado soldados vestidos de verde hosco y con cascos, provistos de fusiles Mauser desvencijados que a veces disparaban. La Plaza de Mayo estaba ocupada por soldados y vehículos militares. Ya habían echado al Presidente y fue como un trámite para la tranquilidad ciudadana. Julio Alsogaray, Prémoli y Perlinger entraron en la Rosada con la infantería de la Policía en diferentes embestidas y lo echaron como si fuera un intruso. Cuando pude, me acerqué a la oficina de Entel, llena de soldados. No pude entrar y esperé hasta que vi venir a Perico, traje gris, camisa blanca, corbata azul marino, sonrisa de oreja a oreja en su rostro mixturado en charrúas que al reír era una imagen que solo Florencio Molina Campos podría reconstruir como se merece.

—Cuando precisés una información posta, posta, preguntás por el negro Montiel —susurró, luego me aleccionó—: Ahora rajá que estamos intervenidos y tenemos espías de todos los colores pisándonos la lengua.

Cuando llegué a la oficina la vida seguía como si nada. Mis compañeros miraban por las ventanas, querían asegurarse de que la vida de la ciudad se normalizara, pero desconocían que las turbulencias de la existencia caerían en un remolino y la velocidad de época se devoraría las certezas.

APUNTE I

PERON VUELVE

1° de Junio de 1970

COMUNICADO N° 4

AL PUEBLO DE LA NACION:

La conducción de los **MONTONEROS** comunica que hoy a las 7,00 horas fue ejecutado Pedro Eugenio Aramburu.

Que Dios Nuestro Señor se apiade de su alma.

¡PERON O MUERTE!

¡VIVA LA PATRIA!

MONTONEROS

MARFA
EDITORIAL

CAPÍTULO 2

Confesiones de octubre

Luego de la muerte del Che Guevara, el 9 de octubre de 1967, en La Higuera, Ñacanguazú, sobrevino la desolación en muchos de nosotros. Me negaba a reconocer la muerte del Che. En el atardecer del 10 de octubre, compré *La Razón* en Avenida de Mayo y Bernardo de Irigoyen, y leí que el hermano del Che, Roberto, abogado con años en la Marina, había visto su cuerpo en Bolivia y reconocía a su hermano aquel día de octubre que atisbaba en blanco y negro. Recuerdo que caminé hacia el Bajo en medio de una llovizna, y lloraba en silencio; tenía dieciocho años y llevaba un año largo esperando que nos llamaran para ir a Bolivia. Me había juntado con un grupo de bolivianos que me prepararon para luchar y aguardaba el momento, un secreto que resguardaría muchos años. No hubo una explicación lógica acerca de por qué era imposible realizar el camino a la revolución en Sudamérica. Esa revolución en hipótesis nos lanzaba a la nada; las conversaciones con amigos y compañeros no daban para mitigar el dolor de la pérdida del comandante, ni para remediar que la vida no nos acercara a los trapos de la gloria. El Che estaba muerto y nuestras lágrimas no alcanzaban para recuperarlo; no podíamos saber si había ido a Ñacanguazú a una resignación, a morir en la fe de un acto a la altura de sus sentimientos, o a hacer una revolución que

era ahora un capítulo vano del vacío. Habían fracasado Guillermo Lobatón y Luis de la Puente Uceda en el Perú —donde mataron al poeta Javier Heraud en el río Madre de Dios—, Masetti en Salta y ahora el Che. Luego, Cacho El Kadri y las FAP habían caído en Tucumán. No sabíamos para dónde correr, pero corríamos; desconocíamos el camino, pero caminábamos. Se acabó el grupo de Reginaldo Torres y los bolivianos, con los que entrenaba en aquel hotelucho de la Avenida de Mayo, y en las costas de Sarandí y de Wilde; dos años de salir a montes de cercanías, recibir instrucción para las contiendas, leer textos varios, debatir y partir hacia ese nunca más. Así que deambulé por San Telmo, La Boca, recorrí las calles adyacentes al Riachuelo en las noches, allí donde no se debía caminar debido a los riesgos invisibles, la luna llena y los mendigos, según los policías que varias noches me sacaron hacia Barracas para alejarme de las aguas intratables del viejo río. Buscaba lo que desconocía.

Algunos de mis amigos de la Avenida de Mayo tenían una dimensión a veces incomprensible, desorbitada para mis años. Acudía a ellos porque necesitaba revelaciones, palabras para asistir mi desconcierto. Uno de mis amigos era Carlos Mastronardi, poeta entrerriano que se sentaba a leer mis débiles versos de iniciación y me recomendaba leer *Alcoholes* de Apollinaire para arrebatarse sus monstruos a la angustia y llevarlos al papel. Me decía que no diera pelota a la militancia, que la poesía era una elección que precisaba de la indiferencia, estarse por dentro y salir a veces en el viento de las ciudades que mienten tu pertenencia. Una tarde, tomando café en El Tortoni me regaló *Luz de provincia*, y me habló de Valery, de su obra *El cementerio marino*, me dijo que de él aprendió la

ÍNDICE

ADVERTENCIA AL LECTOR	9
Primera Parte	
LA RECONSTRUCCIÓN DE LOS SILENCIOS	11
CAPÍTULO 1	
Perico Montiel, Frondizi e Illia	13
APUNTE I	18
CAPÍTULO 2	
Confesiones de octubre	19
CAPÍTULO 3	
El Marinero Loco del Dock Sud	25
CAPÍTULO 4	
El General secuestrado y la carpa de Elina	33
APUNTE II	40
CAPÍTULO 5	
El pibe Vega no secuestró a Aramburu	41
APUNTE III	48
CAPÍTULO 6	
Ni Dios sabía dónde estaba	49
CAPÍTULO 7	
Sandoval vio a Aramburu muerto y fue asesinado	57

APUNTE IV	64
CAPÍTULO 8	
No hay peor sordo que el que no puede ver	65
APUNTE V.....	74
CAPÍTULO 9	
Relato naif para fusilamiento <i>ad hoc</i>	76
APUNTE VI.....	86
CAPÍTULO 10	
El relato naif y el desenlace	87
APUNTE VII.....	97
CAPÍTULO 11	
Perón-Onganía-Aramburu y el juego de las incógnitas.....	98
APUNTE VIII	105
CAPÍTULO 12	
Ricardo Rojo, el preso que viajaba	106
APUNTE IX.....	111
CAPÍTULO 13	
Perón, Aramburu y Frondizi eran el PAF	112
APUNTE X.....	120
CAPÍTULO 14	
Los peronistas y el secuestro	121
APUNTE XI.....	127
CAPÍTULO 15	
Perico en camino a la hoguera	128

Segunda Parte

LOS RÍOS DEL PRESENTE	137
APUNTE XII	139
CAPÍTULO 16	
Florencia, Juan Manuel y la fraternidad de las metáforas	140

APUNTE XIII	154
CAPÍTULO 17	
Informe Rojo	155
APUNTE XIV	164
CAPÍTULO 18	
La Flaca Liliana	165
CAPÍTULO 19	
El diario personal de Goyo Selser.....	175
CAPÍTULO 20	
Fermín Chávez y el pensamiento “corporativo fósil”	185
CAPÍTULO 21	
Imaz sigue a Miori, Molinari busca, Rojo sabe	193
CAPÍTULO 22	
Los fusilados	200
CAPÍTULO 23	
Pocho Zicaldes dice lo que calla.....	207
CAPÍTULO 24	
Noches de <i>whisky</i> y jazz japonés	215
CAPÍTULO 25	
Ramón Landajo: qué dijo Miori Pereyra.....	224
APUNTE XV	232
CAPÍTULO 26	
Un adiós en el dolor.....	233
APUNTE XVI	241
PRIMER CAPÍTULO TENTATIVO DE UNA NOVELA	
Meditaciones de un General ante una de sus muertes	243
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	247



Esta edición de
Las dos muertes de Aramburu
se terminó de imprimir
en Latingráfica, Rocamora 4161, Buenos Aires,
en el mes de mayo de 2025.

MAREA
EDITORIAL